

La humanidad multicultural

Del mismo autor

Multiculturalismo. Ideologie e sfide, Bolonia, 2006 (ed.)

La guerra globale, Roma-Bari, 2002

Spazi politici. L'età moderna e l'età globale, Bolonia, 2001

Manuale di storia del pensiero politico, Bolonia, 2001 (ed.)

Enciclopedia del pensiero politico. Autori, concetti, dottrine,

Roma-Bari, 2000 (ed., en colaboración con Roberto Esposito)

Genealogia della politica. Carl Schmitt e la crisi del pensiero politico moderno, Bolonia, 1996

Modernità. Categorie e profili critici, Bolonia, 1988

Carlo Galli

La humanidad multicultural

Traducido por Juan Ramón Azaola



discusiones

Primera edición, 2010

© Katz Editores
Charlone 216
C1427BXF-Buenos Aires
Fernán González, 59 Bajo A
28009 Madrid
www.katzeditores.com

Título de la edición original: *L'umanità multiculturale*

© 2008 by Società editrice il Mulino, Bolonia

ISBN Argentina: 978-987-1566-18-1

ISBN España: 978-84-92946-03-7

1. Cultura. 2. Multiculturalismo. I. Azaola, Juan Ramón,
trad. II. Título

CDD 306

La traducción de esta obra ha sido financiada por
el SEPS – Segretariato Europeo per le Pubblicazioni
Scientifiche



Via Val d'Aposa 7 - 40123 Bologna - Italia
seps@seps.it - www.seps.it

El contenido intelectual de esta obra se encuentra
protegido por diversas leyes y tratados internacionales
que prohíben la reproducción íntegra o extractada,
realizada por cualquier procedimiento, que no cuente
con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: tholön kunst
Impreso en España por Romanyà Valls S.A.
08786 Capellades
Depósito legal: B-12.187-2010

Índice

- 9 1. Humanidad y cultura
- 10 1. Antinomias de la humanidad
- 27 2. Antinomias de la cultura

- 39 II. La movilización global
- 40 1. La globalización
- 45 2. El multiculturalismo
- 58 3. Deconstrucción y reconocimiento

- 67 III. Las culturas y la humanidad concreta
- 67 1. Dialéctica de la cultura
- 70 2. “Politicidad” de la cultura

- 77 Conclusión

Este texto es una amplia reelaboración de una conferencia pronunciada en el Festival de Filosofía de Módena de 2006, y publicada en una primera versión por la Fondazione Collegio San Carlo de Módena (Paginette, 2007).

Una reflexión teórica y política sobre la humanidad multicultural, es decir sobre la condición y sobre el significado de la humanidad en la era del multiculturalismo, debe partir de la evidencia de que tanto “humanidad” como “cultura”, así como su relación –sobre todo en el contexto de la globalización, en el que precisamente se da la humanidad multicultural– son nociones ambiguas, complejas, atravesadas por una dialéctica que debe quedar aclarada para poder argumentar análisis y adelantar propuestas.

I

Humanidad y cultura

“Humanidad” significa tanto la máxima abstracción como la máxima concreción, tanto una naturaleza común, genérica, como la totalidad histórica y compleja de los seres humanos. Se mueve entre el vacío y el lleno, entre el mínimo y el máximo, entre identidad y universalidad, entre la participación y la empatía (que se expresa con la máxima de Terencio “Homo sum: nihil humani a me alienum puto”)¹ y la abstracción de la humanidad ilustrada y racionalista: ésta –la idea de que haya algo natural que, a pesar de toda diferencia cultural, no nos haga del todo extraños los unos a los otros– ha sido acusada de no saber rendir cuentas del detalle concreto, y de ser sólo el mínimo común denominador entre los hombres, el equivalente antropológico de la unidad aritmética, el nivel absolutamente

1 “Hombre soy, nada de lo humano me es ajeno”
(*Heautontimoroumenos*, 77).

simple y contradictorio de la identidad individual, que consiste sólo en aquello que es idéntico en todos.

1. ANTINOMIAS DE LA HUMANIDAD

Desde este último punto de vista, humanidad es ontológicamente una esencia y lógicamente un universal. Es decir que es al mismo tiempo “naturaleza humana” y “género humano”: o sea que es aquello que hace a cada ser humano tal cual es después de que hayan sido eliminadas todas las determinaciones, las cualidades que lo hacen único y diferente; y que es también aquello que cada ser humano tiene de naturalmente igual a todo otro ser humano, aquello que tiene de “universalizable” y que lo asimila a cualquier otro.

Junto a estas connotaciones formales, el contenido mínimo y al mismo tiempo universal de la humanidad puede variar de la venerable definición de Aristóteles (*Ética Nicomaquea* 1169b, *Política* 1253a), según la cual el ser humano es naturalmente social, dotado de razón y de la capacidad de distinguir el bien del mal, a la postura estoica que sitúa a la humanidad en la razón natural universal (cósmica y cosmopolita) cristiana, y al aun más radical universalismo de historia y de destino que es el producto del cristianismo, por el cual la esencia del

hombre es su origen divino, que en Pablo explícitamente manifiesta su potencia de construcción del género humano –véase la carta a los Gálatas (3, 28): “non est Iudaeus neque Graecus”, o a los Romanos (3, 29), donde se habla de un Dios que es *Deus gentium*, no de una nación en particular–, y que en paralelo da vida a un sujeto único vaciado de determinaciones naturales e históricas, y saciable únicamente por la relación con Dios. La indeterminación antropológica de la noción de humanidad, que encuentra en el cristianismo uno de sus orígenes más claros y más eficaces, es una constante de la reflexión sobre la naturaleza humana: desde Pico della Mirandola (suya es la definición del hombre como “divino camaleón”) hasta la antropología filosófica alemana del siglo xx (Scheler, Plessner, Gehlen) se ha insistido mucho sobre el hecho de que la esencia del ser humano, su humanidad, es abierta e inestable, y que su naturaleza no está fijada y garantizada *a priori* como sucede con los animales mediante sus instintos, sino que es una posibilidad.

En la Edad Moderna las características racionales de la humanidad –tanto de la individualidad como de la universalidad del género humano– se ven sumamente acentuadas: en ese ámbito la humanidad es la proyección a escala más amplia del sujeto moderno, cuyo concepto fue elaborado por el racionalismo y por la ilustración, de Hobbes a Kant. La humanidad es al mismo

tiempo el inicio y el último eslabón coherente de una serie que tiene su propio origen en el individuo singular (igual a todo otro, con su razón y sus derechos que le pertenecen por naturaleza), que prosigue con la ciudadanía (garantizada, como conjunto de derechos civiles y sociales iguales para todos, por el Estado entendido como universal determinado) y que culmina en el ideal de la cosmópolis, de la igualdad y la solidaridad universales en las que los seres humanos viven y actúan según su libertad, es decir, desarrollan libremente su naturaleza, sus derechos y su dignidad esencial. Más que “naturaleza”, la humanidad es, en este ámbito, una posibilidad que es también un deber: es norma universal, legislación fundada sobre preceptos en torno a los cuales el mundo converge.

Un ejemplo de la moderna identificación entre razón y humanidad está en Feuerbach (*Esencia del cristianismo*), el cual reputa como distintivo del ser humano no tanto la conciencia de sí como el conocimiento de sí, ya sea como individuo o como miembro de un género o de una especie. Como escribió Pope, “El objeto de estudio más propio de la humanidad es el hombre”;² y también para Feuerbach es la capacidad humana de tener conciencia de sí lo que hace al ser humano capaz

² “The proper study of mankind is man” (A. Pope, *Essay on man*, II, 2, en W. Goethe, *Afinidades electivas*, II, 7).

de tener ciencia objetiva de la esencia de las cosas del mundo: la humanidad conoce las cosas del mundo porque antes se conoce a sí misma. De aquí se deduce que la idea moderna de humanidad contribuye a fundar y a hacer efectiva la idea de que todos los seres humanos puedan y deban ser sujeto y objeto de un mismo discurso universal: el de que a todos los seres humanos, como por otra parte a toda la realidad natural, les sea aplicable una norma racional que tiene su origen en su misma esencia y naturaleza. Humanidad es ser sujetos y al mismo tiempo objetos de la razón.

La humanidad moderna es, en fin, un producto de la metafísica occidental, en la fase, primero humanista y luego individualista, de la secularización y de la desacralización de la metafísica cristiana, cuya noción de igualdad en Dios como Padre común de la familia humana deviene igualdad en cuanto a los derechos humanos e independencia de autoridades externas: la humanidad es fundamento de sí misma porque tiene certeza de sí, es consciente de sí. Y expresa la voluntad de potencia de la metafísica moderna: es decir que comparte su inquietud por la abstracción eficaz, por la producción de una unidad racional. Incluso, por lo que respecta al ser humano, humanidad implica de hecho la construcción de una esencia que es conocida, y que es poseída para que cada miembro de la especie esté en condiciones de acceder a sus fines esenciales. Resul-

tado de la moderna mediación racional, de su impulso cognoscitivo, la humanidad es por lo tanto el imperativo que impone que la esencia universal del ser humano encuentre por doquier, y para todos, su propio derecho, el reconocimiento y el tratamiento adecuados.

Hay en esta acepción de humanidad –como igualdad y unidad esencial del hombre y de los hombres– antinomias que se sustentan en paradojas, contradicciones, asimetrías, cortocircuitos entre esencia individual y universal, entre actividad y pasividad, entre demasiada y demasiado poca universalidad, que no son casuales sino necesarias, como si esta identidad y esta universalidad pudieran operar solamente en virtud de algunas diferenciaciones internas dicotómicas, o como si, por el contrario, pudieran esconder otras.

a) El nivel filosóficamente más radical de la antinomia ha sido puesto de relieve por Heidegger (*Carta sobre el humanismo*), quien ha visto que las lógicas del humanismo moderno, derivación directa de las lógicas de la metafísica occidental, aquello que en el hombre tiene valor, o sea cuanto en el hombre hay de más alto y de no negociable, es simplemente su condición de *homo sapiens*, su pertenencia a la especie humana entendida zoológicamente. Desde esta perspectiva, razonar en términos de naturaleza humana significa fatalmente –a pesar de cualquier pretensión de prima-